



PUERTA DE ZAMBRANOS DE LA REINA EN ZAMORA.

LA BATALLA DE PAVIA.

(Conclusion.)

Las personas que en esta batalla y en otros encuentros antes de ella fueron presos por la gente del Emperador son las siguientes:

El Rey de Francia; Mr. de Alabreth, príncipe de Bearne; Mr. de Alanzon; Mr. de Sanpol; el señor Francisco, hermano del marqués de Saluco; Mr. de Navers; el príncipe de Talemont; el bastardo de Saboya, mayordomo mayor del Rey de Francia; Mr. del escudo mariscal de Foix; el señor Federico de Bozulo; Mr. de Dieux; el mariscal de Moransi; Mr. de Brion; Mr. de Vidame Dextartes; Mr. de Santacina; el señor Galiazu Bisconte; el señor Federico de Bozano, el hijo del mayordomo mayor del Rey de Francia; el hermano de Memoransi, capitán de hombres de armas; el Gobernador de Limosia; Mr. de Bonaval; Mr. de Mompesat, gentil-hombre de la cámara del Rey; Mr. de Pome-reux, caballero del Rey; el Bayll de París; Mr. de Viry, el baron de Burense; el hijo del chanciller de Francia; Mr. de Nancey; Mr. de Lorges; Mr. de Moni; Mr. de Duorot; Mr. de Montigent; Mr. de San Marzal, gentil-hombre de la cámara del Rey; Mr. de la Clayeta, mayordomo del Rey; el senexal de Armenaque, capitán de la artillería; el vizconde de Lanedan, capitán de hombres de armas; Mr. de Poton, gentil-hombre de la cámara del Rey; Mr. de Xabini, capitán de la guarda del Rey; Mr. de Daubini, capitán de hombres de armas y de la guardia; Mr. Daubignon; Mr. de Anevant, lugar teniente de Vidame de Xastres; el hijo de Mr. de Tirenot, lugar teniente de la capitania de su padre; la Roxa Hemon; la Roxa du Maine, alférez de Mr. de Alanzon; Mr. de Claramont, capitán de cien gentiles-hombres; Mr. de Butreras, mayordomo del Rey; Mr. de Barbesins, capitán de hombres de armas; Mr. de Floranges, hijo de Roberto de la Marcha; Mr. de Mauthem, mayordomo del Rey; Mr. de Sengeran; el

vizconde Destages, lugar teniente del mayordomo mayor; su hijo; Maugeron, lugar teniente de Mr. de Sanpol; el capitán Ambad; Mr. de Rufey, caballero; Mr. de Bonnes, mayordomo del Rey; Mr. de Boysi, hijo del mayordomo mayor de Francia (que murió); Mr. de Brisco; Mr. de Broses, gentil-hombre de la cámara; Mr. de Boure, lugar teniente del príncipe de Talemont; el señor de Batilien; el señor de Silans; el señor de Xannegre; el señor de Baufose; el señor de Grifi; el Pulajo de la Bastida; el señor de Fayeta; el señor de San Forgent; el señor de Monuelin; el señor de Labarre; el señor de Bourreyn; el señor de Xoysse; su hermano; el señor de Xaurani, lugar teniente y sobrino del Almirante; Mr. de Xanrond; el bastardo de Luxa, prevoste de la casa del Rey; el señor de Piluxet; el señor de Naucasio; el señor de Tari; el señor de la Borde; el señor de Beaumont; el hermano de Mr. de Rios; el señor de Murat; el señor Destor, alférez del mayordomo mayor; el Baili de Dijon, trinchante mayor del Rey; el señor de San Jorge; el señor de Bonent; el señor de Xatillon; el señor del Susana, lugar teniente del artillería; el señor de Fizeau; el señor de la Llon, gentil-hombre de la cámara; el aposentador mayor del Rey; el señor de Bort; el señor de Usel, comisario de la guerra; el señor de Ayne-li; el señor de Toncelles, comisario de la guerra; el hermano del vizconde de Lanedan; el señor de Blaudan; el señor de Laval; San German; el señor de Gondon, y otros muchos caballeros y gentiles-hombres de que hasta ahora no se han podido saber los nombres.

Fueron asimismo presos en esta batalla otras muchas personas principales que seguían la corte del Rey de Francia, como tesoreros, generales, secretarios, y otros muchos de esta calidad, que por no ser gente de guerra aquí no se escriben.

Asimismo murieron en esta batalla las personas siguientes: el duque de Sufort, llamado la Blanca rosa, que pretendía pertenecerle el reino de Inglaterra; un hermano del duque de Lorcina; Mr. de la Tramolla; el almirante de Francia; Mr. de la Paliza; Mr. de

Busi Damboysa; Mr. de Xamont Damboysa; Mr. de Moreta; el capitán Federico Catáñez; el conde de Tonarre, y otros muchos de los cuales no se han aun podido saber los nombres.

Fueron asimismo muertos sobre Pavia en los combates que le dieron los capitanes siguientes, afuende de otros caballeros que aquí no se escriben.

El duque de Longavilla, marqués de Rotelin; el capitán amable; el capitán Rostans; el capitán Miraclo; el capitán Viersbe; el capitán Luis el gentil-hombre; el capitán Joanes, el capitán Aspremont; el capitán Lasgarenes; el capitán Mayvili; el capitán Mombroun, y otros muchos de esta calidad, de que no se saben los nombres; pero quien quisiera considerarla gente que un tan grande príncipe como el Rey de Francia podía llevar á una tan señalada empresa, podrá conocer el daño que todo el reino de Francia ha recibido. Pues no solamente queda huérfana de su Rey, mas muy despojada de grandes señores, caballeros, gente de guerra y capitanes.

Avida esta tan maravillosa victoria el visorrey de Nápoles envió luego gente á la ciudad de Milan para que echasen los franceses fuera, y quitasen las armas y banderas del Rey de Francia, y pusiesen las armas y banderas del duque de Milan. Lo cual hizo muy fácilmente, porque los franceses que estaban dentro siendo avisados desta victoria, se salieron juntos en un escudaron fuera de la Ciudad, pensando salvar las vidas. Pero la gente del Emperador que seguia la victoria los desbarató y despojó. De manera que no escapó ninguno que no fuese muerto ó preso.

Recogido, pues, el ejército del Emperador por el duque de Borbon y visorrey de Nápoles, y puesto recabdo en los presos, y dada la orden como no pudiesen escapar los que de la batalla habían huido, la cual empresa el marqués de Pescara quisiera tomar sino gelo estorvára tres heridas no peligrosas que los sozros le dieron en la batalla, el visorrey de Nápoles suplicó al Rey de Francia que mandase soltar al príncipe de Oranges y D. Hugo de Mancada, que los dias pasados de franceses avian sido presos, porque el Emperador lo estimara en mucho. Y luego el Rey escribió cartas para que los soltasen, y dió salvo conducto escrito de su propia mano para que los gentiles-hombres que tragiéron la nueva pudiesen pasar por Francia. Y luego el visorrey dió cargo de la persona del Rey al señor Alarcon gobernador de la Pulla y Calabria, y le mandó llevar á un castillo allí cerca llamado Piziguiton.

Pasando el comendador Peñalosa que trajo primero la nueva por Francia, madama la Regenta madre del Rey de Francia le dió una carta para el Emperador, que trasladada de lengua francesa en castellano dice así:

CARTA DE LA MADRE DEL REY DE FRANCIA AL EMPERADOR.

Monsieur mi buen hijo Despues de haber sabido deste gentil-hombre la fortuna acaescida al Rey mi señor y hijo, he laado y loo á Dios por aver caido en las manos del príncipe deste mundo donde yo más luego esté. Esperando que vuestra grandeza no os hará olvidar el debito cercano de sangre y linaje dentro vos y él. Y afuende de esto lo que yo tengo por principal, es el gran bien que universalmente pueda venir á toda la cristiandad por la amistad y union de vosotros dos; y á esta causa humildemente os suplico mi señor y hijo penséis en ello; y entre tanto mandéis que sea tratado como la hostedidad vuestra y saya lo requirere; y permitáis, si sois servido, que muchas veces yo pueda aver nuevas de su salud, y en esto obligareis una madre así siempre de vos llamada. E que otra vez os ruega que agora en adición seáis padre. Escrita en Sant Just, Cabo Leon á tres de marzo. Vuestra humilde madre Loysa. El sobre escrito. A Monsieur mi buen hijo el Emperador.

Escribió asimismo otras dos cartas á Monsieur de Nason y á Monsieur de Lachan, rogándeles que sean sus interesoras para con el Emperador.

El duque de Albania que era ido á la empresa de Nápoles estaba en Roma y su gente era pasada de-

lante. Pero los Napolitanos se habían mostrado tan buenos y loales servidores del Emperador que avian ya ayuntado veinte mil infantes y mil y quinientos de caballo, y iban á buscar los enemigos; y sucediendo agora esta tan grande victoria, estan en muy gran peligro de perderse todos.

En esta batalla murió tan poca gente de la parte del Emperador, que se afirma no pasaron de quinientos. El daño de los enemigos no se ha podido aun saber: estimase que murieron mas de diez y seis mil personas; cosa harto milagrosa, y donde nuestro Señor mostró bien su omnipotencia, abajando la soberbia del Rey de Francia, y ensalzando la humildad del Emperador, en tiempo que todos sus amigos y confederados de quien se sola ayodar estovieron quedos, y algunos dellos fueron contrarios: para manifestamente mostrar que él solo le daba esta victoria como hizo á Gedeon contra los Medjanitas, y el Emperador no queriendo ser á Dios ingrato, mostrando la poca confianza que en sus fuerzas tenia, y lo mucho que de la misericordia y justicia de Dios esperaba, oida esta tan grande y maravillosa nueva, se retrujo en su cámara á dar gracias á Nuestro Señor, reconociendo que del le venia esta victoria, y no consintió que en su corte se hiciesen alegrías profanas como se suelen aun en cosas de poca calidad hacer. Mas el dia siguiente hizo hacer una procesion muy devota para que todo el pueblo juntamente con él diesen gracias á Nuestro Señor por esta victoria: y él confesado y comulgado fué á la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, donde hizo predicar como esta victoria no procedia del sino de Dios, para que todos se inclinassen mas á darle gracias por ello.



Toda la cristiandad se debe desta victoria gozar. Porque sin duda parece que Dios nuestro Señor quiere poner fin en los males que mucho tiempo ha padecido. Y no permitir que su escogido pueblo sea del turco enemigo de nuestra fé cristiana castigado. El cual ensobrecido con tantas victorias, amenazando que esta primavera quiere entrar muy poderoso en la Italia, con ánimo de subjuzgar toda la cristiandad, y ponerla debajo de su tirana y cruel servidumbre, como tiene la Grecia, ha enylado treinta velas á espigar y tentar toda la costa y puertos de la Pulla, Calabria y Sicilia, donde piensa desembarcar. Y para obviar á esto parece que Dios milagrosamente ha dado esta victoria al Emperador, para que pueda no solamente defender la cristiandad y resistir á la po-

teucia del turco, si osare acometerla, mas aseogadas estas guerras civiles, que así se deben llamar, pues son entre cristianos, ir á buscar los turcos y moros en sus tierras, y ensalzando nuestra santa fé católica, como sus pasados hicieron, cohrar el Imperio de Constantinopla, y la casa Santa de Jerusalem que por nuestros pecados tiene ocupada. Para que como de muchos está profetizado, debajo deste cristianismo Principe todo el mundo reciba nuestra santa fé católica. Y se cumplan las palabras de nuestro Redentor: *Fiel unum ovile, et unus Pastor.*

Los señores del consejo de su Magestad mandaron á mi Alonso de Valdés, secretario del ilustre señor gran Chanciller, que ficiese imprimir la presente relacion. (†)

ALONSO DE VALDÉS.

JUSTICIA DE DIOS.

Era de noche. El tiempo estaba revuelto y borrascoso, soplando tan recio vendaval, que se hallaban enteramente desiertas las calles de la ciudad de Palencia. Ningun ser humano se mostraba en parte alguna, exceptuando solo un mísero mendigo, quien se había albergado bajo unos soportales, á la inmediacion del real Palacio. Mas el temporal era tan deshecho, que á pesar de la suma fortaleza de este infeliz y de su hábito á resistir la intemperie, apenas pudiese soportar la violenta lucha de los elementos. Por fin apagóse esta un tanto: el viento comenzó á ceder, y en breve únicamente quedó del tumulto pasado, una lúgubre y densa oscuridad.

En aquel momento divisó el mendigo dos figuras que se movian en la sombra, pasando desde el otro lado de la calle, hasta el sitio donde él estaba acobijado; pero la suma lobreguez de la noche no le permitió reconocer su traza, y solo pudo columbrar que eran dos hombres embozados en sus capas. Desde luego se escitaron las sospechas del mendigo, en vista de la singular apostura de aquellos misteriosos personajes; sin embargo como la miserable de su condicion le hacía superior á todo recelo ó temor de ser robado, entregóse esclusivamente su alma á la curiosidad mas vehemente. Agachóse cuanto pudo en su escondite, y prestando atento oido, percibió la conversacion que entre sí tenian aquellos dos embozados.

—No puede haber salido todavia, dijo uno de ellos; las once no han dado aun, y ademas la tempestad que ha descargado le habrá detenido en Palacio.

—Vive Dios que la noche ha estado hueca! exclamó el otro... Que tempestad tan recia! Y que viento tan atroz!

—Es verdad, pero nos ha servido á pedir de boca despolvando todas las calles.

En aquel instante dieron las once: los dos apostados hicieron movimiento, y uno de ellos dijo en voz muy baja:

—Vamos, acercuémonos á Palacio, no sea que se nos escape nuestro hombre.

Diciendo esto se encaminaron lentamente hácia el punto que habian designado, dejando estupefacto á nuestro buen mendigo.

—Gloriosísimo San José murmuró haciéndose mil cruces, que intento llevarán esos desalmados!... Si querrán matar al Rey Fernando! Es tan joven todavia!... Pero aunque esto así fuese, que me importa ó toca á mí?... Dicen que es un solemnne tragon, y á fé mia que yo me muera de hambre. Y luego, si le matan, no faltará otro que le reemplace y por cierto que poco perderé en el trueque... Ademas, bueno será ante todo que yo me ponga en franquía, pues si estos señores llegasen á ver me, no sería extraño que me dispensaran los favores que preparan para otros que valen hártó mas que yo.

Así reflexionaba nuestro descamisado filósofo, en tanto que los dos embozados iban acercándose á Pa-

lacio; pero la oscuridad era tan completa, que el mendigo les perdió luego de vista. Pocos instantes habian trascurrido, cuando percibió un rumor sordo, terminado con un profundo gemido, cual de un hombre que acabara de ser herido de muerte.

—Dios me valga! exclamó el mendigo, ya han hecho su tropelia enviando sin duda alguna alma al otro mundo... Dios le perdone y me perdone á mí mis muchas culpas y pecados.

En esto aparecieron los dos desconocidos, quienes se ocultaron presurosamente bajo de los soportales.

—Escondámonos aquí, dijo uno de los dos con voz ajitada; si corriésemos por la ciudad podríamos escitar sospechas, y tal vez hallárimos á alguno que...

—¿Crees que aquí estaremos seguros? preguntó el otro fujitivo.

—Sí, la misma oscuridad nos protegerá.

—Así me parece, pensó el mendigo encojiéndose mas y mas.

—Y si principian á hacer pesquisas? observó uno de los asesinos.

—Nunca pensarán que nos hallamos tan cerca, respondió el que mostraba mas confianza.

—Te parece si el golpe habrá sido bastante bien dado, para asegurar la muerte de nuestra víctima?

—Nunca vaciló mi brazo, y mucho menos enaño la memoria de mil injurias, atizaba su violencia.

—Entonces á Dios gracias, estaremos vengados!

—Sí, desapareció ya el único obstáculo, que contrariara la dicha de un Carvajal.

En aquel instante se oyó un confuso ruido hácia la parte de Palacio, percibiéndose poco después mucha claridad y un gran correr de personas.

—Bien pensado, dijo uno de los homicidas, mejor será que nos vayamos á otra parte, pues que podríamos ser descubiertos.

—Es verdad, razonó el otro, vale mas que nos alejemos de este sitio.—Diciendo esto salieron cautelosamente de su escondite, encomendando su salvacion á una rápida fuga.

—Gloriosísimo San José repitió el mendigo llenó de asombro... quien pensará jamás que los nobilísimos hermanos Carvajales fuesen unos asesinos nocturnos!... Cómo cambian los hombres!... Y ahora, quién podrá ya asegurarme, que mañana no haga yo tambien alguna diablura?

En esto se aproximaban las hachas y faroles, hácia los soportales donde se abrigaba nuestro meneguado Zarrapastroso.

—Por aquí, por aquí, dijo una voz... Mirar bien por esos pórches.

—En efecto, gritó otro, quizás se hayan escondido.

—Me parece que veo algo, exclamó el primero que habia hablado... mirad bien... ahí!... creo que es un perro.

—Sí, pensó el mendigo, perro soy y el mas miserable de todos los perros.

—Dios eterno! gritó uno de los que estaban alumbrando á los pesquisadores... Es un hombre! Uno de los asesinos!... Hace ahora como que duerme, pero no le han de valer sus tretas... Vamos, mi amo, añadió pegando un puntapié al mendigo... arriba señorito, ú os arrimo con mi hacha tan sendo linternazo, que se os quite el sueño para toda la vida.

Poco satisfecho el mendigo con el giro que tomaban las cosas, se levantó sin hacerse mas de rogar, y dirigiéndose hácia las personas que le rodeaban, comenzó á perorar del modo siguiente:

—Cuidado, valerosos caballeros, cuidado que una precipitacion insensata, no os lleve al mayor de los errores... Yo no soy ningun asesino... mi miseria y escasez me han obligado á guarecerme bajo este abrigo, que por cierto no lo habria escogido á tener otro mejor...

—Vamos, vamos, miserable pecador, no te vengas ahora con remilgos; sabe que tenemos muy buen olfato para hallar la pista de fibras de tu calea.

—Ah señores! nunca entró en mi mente la idea de poner en duda la bondad de vuestro olfato; sin embargo, me parece que esta vez os ha engañado del modo mas horrible.

(†) Esta Relacion se halla impresa en un cuaderno, á 4 rs. en la librería de Mateo calle de Cortinas.

—Calla, perversos! no nos embaucarás con tus escusas... Oja, muchachos asarradme bien ese nene!

—Por Dios, señores, tratadme con mas piedad, pues tal vez os sirva de mucho para descubrir á los asesinos.

—Vaya, partidá! por fin nos vamos entendiendo... Sigueros, bribon, y ven á presiar una declaracion al Rey.

—Loado sea Dios! con qué el Rey vive todavía?

—Linda pregunta...! Vive lo que sobra para mandarte al palo como mereces.

—Está bien, entonces no le he de ocultar nada de cuanto sepa.

—Harás perfectamente, pues sino desatas la lengua como se requiere, te la soltaremos mal de tu grado.

En esto se encaminó la triunfante cohorte hácia Palacio, llevando entre filas al pobre mendigo, cuya vista causó la mayor sensación, en cuantos le reconocieron.

—El asesino, el asesino! gritaban todos esforzándose áhincadamente por ver al presunto reo. De esta suerte fué conducido á un gran salon del alcazar, donde debía ser cuidado con el moribundo; pero era sobrado tarde, pues cuando llegó nuestro hombre, la víctima habia ya espirado. Era este un jóven noble y gallardo, persona que obtenia la mayor privanza del Rey, llamábase Benavides, y pertenecía á una familia de lo mas distinguido de la corte de Castilla. No hoy porque entenebrecer la pesadumbre que causó al Rey el alevosó asesinato de su favorito: llevado de un violento arrebató de furor, juró perseguir sin tregua ni descanso á los homicidas, y castigarles de un modo el mas ejemplar. Pero por desgracia apenas habia indicio alguno acerca de quienes eran los delinquentes, porque el desdichado herido solo pudiera decir que fuera asaltado por dos hombres enojados, sin embargo, la captura del mendigo infundia ahora un gran vislumbre de esperanza, y su presencia pudo calmar un tanto los dolores de Fernando, puesto que aun cuando no le tuviera el Rey por el verdadero asesino, sus palabras habian dado margen á esperar, que revolaria quienes eran los autores de tan execrable crimen.

—Conoces á este hombre que está aqui muerto? preguntó el Rey con voz terrible.

—Sí, señor, respondió el mendigo..... Es el noble señor de Benavides, cuya generosidad he experimentado repetidas veces.

—Cómo te llamas?

—Diego Raposo, con perdon de su Alteza.

—Qué hacías cuando te han aprehendido?

—Señor, me hallaba cobijado bajo los soportales de ahí cerca, guardándome contra la intemperie de la noche.

—Quién ha sido el asesino de este infeliz?

—Los hermanos Carvajales.

—Al oír esto, estremeciése el Rey vivamente, y su fisonomía fué tomada una amenazadora expresion de venganza. Entonces principió Raposo una sucinta relacion de cuanto habia presenciado, durante cuyo relato dirijia el Rey sin cesar, repetidas y dolorosas miradas, hácia el ensangrentado cadáver de su amigo y privado.

—Dios sea loado! exclamó el monarca en cuanto hubo concluido nuestro hombre... Par fin podré vengarme de un modo señalado, y atroz!

Luego mandó mantener á buen recaudo al Raposo, y dió sus órdenes para prender á los hermanos Carvajales.

Llamábanse estos Pedro y Juan, y eran dos jóvenes hidalgos de muy noble alcurnia, pero estaban muy poco en gracia con el Rey, merced á la rencorosa animosidad que dividia á su familia de la de los Benavides. El asesivo favor que acordaba el Rey á su privado, causaba grandes celos á todos los demas cortesanos; mas ninguno demostraba mas á las claras su repugnancia hácia el afortunado valido, como los dos Carvajales. Acreciase por último el encono y ojeriza de estos señores, con la oposicion que manifiestamente mostraba Benavides, con respecto al amor de uno de los Carvajales, hácia su hermana Doña Violante, á

quien habia prohibido severamente toda correspondencia con su amador; órdenes que como están suponer no obtenian la mayor escrupulosidad de parte de la enamorada jóven. Origináse de ello cierto dia una séria pendencia entre los dos enemigos, saliendo muy poco para que llegaran á las manos, de cuyo trance les habia librado la ofensiva intervencion de amigos comunes. Sin embargo Carvajal juró vengarse del aborrecido hermano de su dama, y como al Rey Fernando no se le ocultaban todos estos portamientos, mudias sus circunstancias á la relacion de Diego Raposo, quedaron establecidas desde luego las presunciones mas vehementes contra los dos reñidos hermanos.

La mañana misma del dia en que fuera cometido el asesinato de Benavides, habiáse visto rondar á uno de los Carvajales alrededor del jardin de su contrario. La constante asistencia de Benavides en Palacio, daba lugar á que pudiesen avistarse Doña Violante y su galán, quien fuera á verla á la sazón, llevando el firme intento de proponer á su amada un medio muy seguro para librarla de la tiránica oposicion de su hermano.

—Querido Carvajal, dijo la dama llena de azoramiento en cuanto vió á su amante, el cielo ha decidido que no se realicen jamás nuestros amorosos deseos, y el mismo sabe cuanto temblo ahora, por vuestra seguridad y ventura.

—No temais Violante, respondió el mozo; sabed que si por acaso me viésis sorprendido, mi buena espada sabria hacerme respetar.

—Callad, callad, no digais eso; considerad que hablais de mi hermano, mi único protector y amparo en este mundo.

—Y qué, exclamó Carvajal, es justo que deba soportar el duden de este orgulloso caballero, tan solo porque es vuestro deudo? La paciencia del hombre mas tolerante, llega á tomar los límites del sufrimiento, y por cierto que la mia ha perdido ya todo aguante. Acaso no le brindé con mi amistad, solicitando vuestra mano, cual prenda de olvido de pasadas disensiones?... Todavía me avergüenzo ahora al recordar su presunción y arrogante menosprecio.... Ni mi sangre, ni mis prendas, cedan á las que pueda él ostentar, y no he de permitir que se escude con la privanza de un monarca sin que seña ni carácter, para desdeñar de esta suerte una alianza con mi familia.

—Sosegaos, amigo mio, dijo Violante con dulzura; convengo en que habeis mucha razon de quejaros, pero no por esto me espanto menos al considerar los resultados de vuestro resentimiento. Habeis de saber que acrecen por instantes los riesgos que os cercan; esta misma mañana he traslucido de mi hermano, que se tramaba algun plan contra vuestra libertad. El Rey se acuerda todavía de vuestra parcialidad hácia el bando de D. Alfonso de la Cerda, y aunque la política le vede entregarse á la venganza, espera solo un pretexto para sacarla á su placer. Creedme pues, bueno seria que salieseis por algun tiempo de Palencia, seguro de que la ausencia, no mitigará jamás mi amorosa pasion.

—Varias veces me habeis dicho ya lo mismo, pero siempre me retrata el pensamiento de dejaros entregada á la tiranía de vuestro hermano. Sin embargo, para sosegar vuestras cuitas aprovecharé ahora el consejo que me dais; pero dia vendrá en que satisfaga el amargo dolor que ahora sufro, y en que pueda vengarme de los ultrajes que me agovian.

—No digais eso, repitió la hermosa dama... ignorais acaso que el golpe dirijido contra mi hermano, atravesaria tambien mi corazón?... Vamos, ausentaos de Palencia tres meses no mas, y todo irá perfectamente.

—Bueno, razonó Carvajal con voz lúgubre... bueno... me iré de Palencia, pero tal vez maldigais vos un dia, el momento en que me indujisteis á esta partida... Adios, Violante... Sabe Dios si nuestra despedida será eterna!

—Me estais helando de terror, Carvajal, exclamó la doncella con gran tristeza. Para veros marchar de

esta manera, preferiría arrostrar mil y mil veces la cólera y furor de mi hermano.

—No, Violante, observó el mozo con buenos dorezas; esto es bueno que nos separemos, pues sabe Dios hasta donde me habría llevado la indignación que fermenta en mi pecho.

Dicho esto se retiró con gran precipitación, dejando entregada á la pobre Violante á la mayor aflicción y desconsuelo. Luego que Carvajal hubo salido de casa de su amigo, fuése á reunirse con su hermano, con quien le ligaba un tiernísimo y fraternal cariño, y en el momento mismo le notificó la resolución tomada, de ausentarse de la ciudad de Palencia.

—Dios sea loado! hermano mío, exclamó D. Juan... No podías pensar mejor... Siempre esperé que tu alma generosa se alzara contra la indigna pasión que así te esclaviza á los pies de la hermana de nuestro enemigo... Y bien, cuando marcharemos?

—Esta misma noche, respondió el amarillado joven... Iremos á Toro sin tardanza, en cuyo punto deben reunirse nuestros partidarios, y así nos libraremos mejor de la persecución del Rey Fernando.

—No te entiendo... Qué temes tú de parte del Rey?

—Apenas sé lo que digo, tal es el caos en que se pierde mi imaginación angustiada. Amor, vergüenza, venganza!... Estos son los sentimientos que me devorarán y partirán el corazón... Ah, hermano mío! Sabe que si no fuere por tí, habría seguido ya el consejo á que me impulsaba la desesperación!... Benavides no debe insultar impunemente á ninguno de los Carvajales...

—Tranquilízate, hermano mío, razonó D. Juan; Benavides llevará su merecido en el momento que menos piensa... Te parece crimen poco grave ser favorito de un Rey? Cuentas por nada las muchas personas, interesadas en la ruina del privado?... Sosiegate pues hermano querido, y cuenta que no se nos hará mucho de esperar, la venganza que tanto apetecemos.

La declaración del mendigo, unida á los diversos antecedentes que obraban en poder del Rey, acerca de la animosa ojeriza de los Carvajales contra el triste Benavides, asentaron plenamente la culpabilidad de los dos hermanos, aumentándose mucho más las sospechas, con la noticia de la fuga de los presuntos reos, á quienes no fué posible encontrar en Palencia ni sus alrededores.

Luego que Violante tuvo noticia de la triste catástrofe de su hermano, declaró en un acceso de desesperación la conferencia habida con su amante; cuyos misteriosos porrieros dieron todavía un inmenso peso, á los muchos cargos que gravitaban ya contra Carvajal. Aquí no fué posible contener el furor del Rey Fernando; profesaba este una sincera amistad al infeliz asesinado, y á sus impulsos de ternura se unían poderosas razones de política, que le hacían desear vivamente la ruina de ambos hermanos Carvajales. Tenía aun muy presente la parcialidad de estos señores hacia los pretensiones de los Cordas, y al indultar Fernando á los vencidos, no había olvidado por esto quienes fueran sus enemigos. Hallábase siempre en un continuo estado de desconfianza, justificado en parte con las serias turbulencias que tan frecuentemente alteraban al reino; pues bastaba la presentación de algunos derechos, y dinero con que sostenerlos, para hallar todo pretendiente eficaces auxilios en el pueblo.

En situación semejante, no es de admirar que el Rey temiese á cada paso ver estallar nuevas discusiones y trastornos, y que por lo mismo trabajase con inquietud perseverancia para apoderarse de los personajes más dispuestos á atacar su corona. Entre este número figuraban muy particularmente los dos hermanos Carvajales, y ahora que D. Fernando hallaba en su crimen razones tan poderosas para refrenar su audacia, no quiso perder tan ventajosa ocasión, antes bien saciar de lleno toda su saña y resentimiento. Sin embargo la fuga de los citados ponía alguna trabas á sus deseos; nadie sabía donde se hallaban, aunque generalmente se creía que se habrían refugiado en la corte de Portugal, bajo el amparo del Rey D. Dionisio, constante protector de todos los agitadores de Castilla.

Prolongóse algun tiempo este estado de incertidumbre, hasta tanto que el Rey recibió la nueva cierta de que ambos prófugos se hallaban en la villa de Martos, población celebre por el espíritu de rebelión de sus habitantes, hacia su autoridad soberana. Al mismo tiempo supo que los Laras andaban también por aquellos contornos, todo lo cual daba lugar á sospechar no se fragase alguna conspiración, en la que sin duda figuraban, notablemente ambos Carvajales. Resuelto pues el Rey á cortar el hilo de semejantes tramas, redujo presuroso un respetable cuerpo de tropas, entre cuyas filas se hallaban todas las dadas y amigos de Benavides; y en tanto que hacía correr la voz de que se dirija á Sevilla, cayó de repente sobre Martos, sorprendiendo súbitamente á los dos criminales, en el momento en que más tranquilos y confiados se hallaban en la mesa con varios de sus allegados.

—Qué significa esta insolencia, exclamó D. Pedro, el mayor de los dos hermanos; con qué derecho se atreve persona alguna á atropellar el sagrado de mis lugares?

—Daos al Rey! respondió D. Mendo de Benavides, primo del asesinado. Es vana toda tentativa de resistencia, por lo que valdrá más que me sigais buenamente á la presencia de su Alteza.

—Y qué nos quiere el Rey? preguntó D. Juan... Me parece que habría podido llamarnos de un modo más decoroso, ya que tanto desea vernos.

—Su Alteza obra cual requiere la condición de la gente con quien trata, observó Benavides con desdeno... Ola, soldados, asegura á los prisioneros!

—Prisioneros! exclamó entonces uno de los Laras que se hallaba allí presente... Y cuál es el crimen de esos nobles hidalgos?

—Como tal, señor de Lara, razonó Benavides, acaso no os acusa también la conciencia? olvidais ya los planes que os han reunido en esta villa?... Pero felizmente la repentina llegada del Rey á Martos, trastornará los proyectos de la traición más infame.

—Equivocado andáis, señor D. Mendo, exclamó Lara con arrogancia; sabed que si realmente hubiésemos tramado lo que vos llamais una traición infame, no nos sorprenderiais de este modo.

—No he venido para discutir con vos acerca de este extremo, interrumpió el Benavides, sino para prender en no abre del Rey á dos grandes criminales.

—Y qué crimen se nos imputa? exclamaron los dos Carvajales llevados del mayor furor.

—Muy flaca será vuestra memoria, si tan pronto echais en olvido vuestras obras, razonó el de Benavides. Sin embargo, añadió despues con mucha sorna, si tanto es vuestra flaqueza, me tomare la molestia de recordaros, haciendo también presente á estos nobles caballeros, que os prendo en nombre del Rey, bajo la terrible responsabilidad de un vil y cobarde asesinato.

—Maldita sea la boca que tal miente...! exclamaron á un tiempo mismo los dos hermanos.

Y en el propio instante se originó una general escapa de confusión, entre todos los asistentes. Presumieron estos al principio que la prisión de los dos hermanos nacia solamente de una causa política; pero en cuanto vieron que se les achacaban las feas sospechas del misterioso homicidio de Benavides, comenzaron á ceder de su porfía hacia los presuntos reos, pensando que cuando el Rey se llevaba á medidas tan violentas, reconocería indudablemente razones muy poderosas.

La prisión de los dos Carvajales, produjo una extraordinaria sensación en todos los ánimos. Las pruebas que se alegaban en cargo suyo, demostraban una completa culpabilidad; y aunque muchos compadeceran á los acusados, todos aprobaban la justicia del Rey. Sin embargo, ambos hermanos negaban altamente toda participación en el crimen; mas de poco servían sus constantes y repetidas protestas comparadas con la inmensidad de pruebas que se elevaban contra ellos.

Pedro y Juan fueron conducidos al Rey, ante quien parecieron con intrépido y sereno conveniente; cuyo

porte fué tomado por unos cual convincente prueba de inocencia, al paso que otros le consideraban resultado del spático endurecimiento del crimen.

—Señor, dijeron al monarca luego que este hubo declarado el crimen de que se les acusaba... Señor, á Dios tomamos por testigo de nuestra inculpabilidad é inocencia... Quién nos acusa?... En que se funda tan negra y calumniosa sospecha?

Desde luego fué presentado el Diego Raposo, quien repitió su narracion de los sucesos de la noche del asesinato, añadiendo que si bien no podia asegurar rotundamente que los Carvajales fueran los mismos individuos á quienes viera bajo los sorportes; sin embargo, notaba en ellos mucha semejanza, asi en la voz como en la talla. Oyéronse despues otros varios testigos, quienes refirieron algunos hechos relativos á la enconada animosidad que reinára entre Benavides y los dos hermanos acusados.

—Dios eterno! exclamó D. Pedro llevado de la mayor indignacion... Es posible que bajo tan vanos indicios, quiera condenarse á dos nobles caballeros?... O Rey de Castilla!... Despójate de tu injusta prevencion contra nuestra casa, y pesa bien los actos que intentas cometer... Qué razon teniamos para asesinar de un modo tan villano á Benavides? Era enemigo nuestro, lo confieso, pero ni mi corazon ni mi mano le temian, y nunca le hubiera asesinado en las tinieblas de una noche, cuando tan fácilmente pudiera vencerle en leal combate, á la luz del mediodia.

—De nada sirven tus excusas, respondió el Rey; tu delito está mas que probado, y así malamente querrás luchar contra la evidencia de los hechos... Harto indulgente fué mi corazon, al perdonar la rebeldia infame de tu y de tus allegados; pero ya no puedo resistir á la justicia, ante la que debe ceder ahora una mal entendida piedad.

—Pero quien ha probado nuestro pretendido crimen? exclamó D. Juan.

—Calla, asesino! interrumpió el Rey... Qué otras pruebas se necesitan para convencer al mas incrédulo?... A todos consta vuestro odio inveterado hácia

mi triste é infeliz amigo; sabemos ya la misteriosa entrevista que uno de vosotros tuvo con la hermana de la víctima; un testigo presencial del hecho, depone confirmando vuestra semejanza, con los homicidas; las palabras fatales pronunciadas despues de la ejecucion, en las que sonó vuestro nombre; vuestra precipitada fuga de Palencia luego de cometido el crimen; la manifiesta oposicion de Benavides hácia vuestros deseos, con respecto á la mano de Doña Violante... Y qué, por ventura no bastan estos vehementes indicios, y otros muchos que aun callo, para establecer la culpabilidad mas solemne é indisputable?...

Por fin, despues de haber mediado serios y acalorados debates, en los cuales los acusados sostuvieron siempre su inocencia, mandó el Rey que fuesen llevados á lo alto de una peña que se eleva junto á la villa de Martos, y que desde ella se les despeñara á lo mas hondo del abismo, en justo castigo de su infame alevosia; cuya sentencia oyeron ambos Carvajales con noble y solemne talante, al paso que helára de horror, á todos los espectadores de esta tremenda escena.

—Rey desalmado é injusto! exclamó el menor de los hermanos. No hay duda que has logrado reñir contra nosotros, un caudal de presunciones y artificios; pero ha de valer mas el dicho de un miserable vagabundo, que la palabra de dos nobles castellanos?... Han de poder mas unos innobles resentimientos, que la justicia é inocencia que nos asiste?... Rey Fernando! considera bien lo que vas á hacer... cuidado que tu parcialidad no te lleve á una accion temeraria y horrenda, haciéndote reo de un homicidio, mil veces mas atroz que aquel que tanto lamentas!

Pero el Rey no quiso atender á estas razones, ni á la ferviente súplica que hicieron los dos acusados, de ser juzgados por tribunal mas competente; en cuya vista exclamó el mayor de los Carvajales, lleno de altivez é indignacion:

—Bien está, tirano de Castilla, ceba tu saña y furor



en la sangre de las victimas de tu venganza...! Querías un pretexto para perdernos, y por muy frívolo y vano que sea, aprovechas el que al acaso se te ofrece... Pero protestamos á la faz del mundo contra el asesinato en que te manchas, no ya para vengar la muerte de un privado, sino en castigo de nuestra devocion hácia los infantes de la Cerda. Somos inocentes, repita... Sí, Rey tirano y cruel, otros fueron los asesinos de Benavides, pero ya que tu alma se mues-

tra insensible á la clara justicia de nuestra causa, te aplazamos para otro juicio mas severo y recto, citáudote ante el Tribunal de Dios, donde has de comparecer dentro del término de treinta dias, á dar razon de la injusticia usada contra dos inocentes caballeros!

Dicho esto encaminóse con mesurado paso hácia el lugar del suplicio, seguido del otro acusado, y acompañados ambos hermanos de dos ó tres eclesiás-

ticos, encargados de prodigarles los últimos auxilios espirituales. En vano se valieron estos de cuantos medios de persuasión les enjerió su celo, para obtener la confesion del crimen; los dos acusados se mantuvieron constantemente en su negativa, y protestando siempre de su inocencia, llegaron hasta el pie de la elevada peña desde la que debía consumarse su castigo. La vista del profundo precipicio al cual debían ser arrojados, causó un momentáneo sentimiento de terror á ambos hermanos; pero pronto hubieron recuperado su enerjia, y con paso firme y sossegado continúaron treparon hasta la cima del peñasco. Allí renovaron sus protestas, y despues de haberse recogido no instante en religiosa meditacion, repitieron en voz alta, la oracion solemne que ya antes hicieran al Rey.

Entonces sacó el D. Pedro un banda que llevaba, y entregándola á un oficial que se hallaba á su lado, le dijo con ahogado acento:

—Me parece, caballero, que sois un hombre de honor, así pues me tomo la libertad de dejaros esta prenda, esperando que la entregareis vos á Doña Violante de Benavides, á cuya dama podreis asegurar que meuro asesinado, pero que el cielo tomará á su cargo mi inocencia, ya que ha sido tan desconocida y hollada por la justicia de este mundo.

Concluidas estas palabras, enjugó presuroso una lágrima que surcaba furtivamente sus mejillas, y acercándose gravemente á su hermano, diéronse los dos un ternísimo abrazo, diciendo luego despues que estaban ya dispuestos. Daban á la sazón las doce del día, en cuyo instante se presentó el verdugo, y empujando fuertemente uno en pos de otro á los dos infelices hermanos, precipitólos á lo mas hondo de la sina que se abriera al pie de la famosa peña. Difundióse por todas partes un vehemente grito de horror, siendo raros los espectadores que no apartasen la vista de aquella terrible escena. Los dos hermanos cayeron al fondo del abismo, y habiendo luchado breves momentos con las crudas ansias de la muerte, exalaron su postrer suspiro, dejando enternecidos y apiadados á cuantos presenciaron aquel acto. No faltaban gentes que abogasen por la inocencia de las víctimas, bien que otros muchos consideraban sus protestas, como hijas de la soberbia, y del deseo de quitar la fea mancha que empañaba el honor de ambos hidalgos. Pero pronto se habieron hermanado las mas opuestas creencias, alabando todos la severa justicia del Rey, y culpándose generalmente la tenaz obstinacion de los dos reos.

Habia trascurrido escra de un mes desde la representacion de esta sangrienta tragedia, cuyo asunto comenzaba ya á olvidarse entre el torbellino de nuevas ocurrencias, cuando un jueves, que se contaba 7 del mes de setiembre del año de 1312, habiéndose el Rey retirado á dormir la siesta despues de haber comido, fué hallado muerto á breve rato. Complíase cabalmente aquel dia el plazo de los treinta, dentro del cual fuera citado por ambos hermanos Carvajales, para ante el Tribunal de Dios, en justo desagravio de su causa. Bajo este singular concepto fué inmensa la sensacion que á todos produjo esta catástrofe tan tremenda. Recordáronse los pormenores de la famosa apelacion, y ya nadie dudó de la poderosa intervencion de la Providencia en estos singulares acontecimientos, los cuales valieron desde entonces al Rey Fernando el sobrenombre de *Emplazado* con que le distingue la historia.

T. DE T. Y C.

BEETHOVEN.

Las riberas de la vida son al principio risueñas y ricas en vegetacion, el aire es perfumado, los pájaros cantan á la orilla y el sol que se eleva por detrás de los sauces, promete un hermoso dia. En tanto que el barco se desliza y que creyendo en el porvenir os quejais de su lentitud, vuestra alma y vuestro cuerpo

gozan de una delicia que os hace hallar un placer en vivir. Pero los que os preceden en el mismo rio, interrumpiendo con sus voces desasapacibles la armonía del agua que valancea los juncos y de las hojas biovidas por el viento, os gritan desde allá abajo: «no os entreguéis á ese placer que embarga los sentidos, es una ilusion, una fantasmagoría, todo ello vá á desvanecerse.» Porque aquellos no encuentran ya por sus orillas mas que una yerba abrasada y amarillenta, viejos abetos casi secos, una agua que apenas corre y pantanos que esparcen fétidas exalaciones. Volverian de buen grado á subir contra la corriente, pero no hay fuerza humana que pueda conseguirlo, piensan que aquellas hermosas orillas se han huido ó transformado, mas no, fueron ellos los que pasaron, las orillas quedau para los que vienen detrás que tambien pasan á su vez. La vida está dividida en tres tomas, esperanzas, goces y pesares, y la corriente os lleva irresistiblemente al través de estas zonas, por muy vigoroso que seáis habéis de pasar por donde pasan los otros. Deseais detener la vista sobre una planta, respirar el perfume de una flor, no, que la corriente os arrastra, seguid, seguid; deseais oír hasta el final los trinos comenzados por un pájaro, no, que el barco no para jamás, hogad sin volver atrás la vista. El placer queda fijo en su zona, vos sois quien huye, la hermosura de la planta, el aroma de la flor, el canto de aquel pájaro, quedan detrás para otros hombres que los disfrutarán por un instante y que como vos pasarán luego dejándolos con pesar.

Sugiéronnos estas reflexiones las circunstancias que concurrieron en la muerte de Beethoven, no tuvo mas que un momento de felicidad en su vida y esta felicidad le mató. Siempre pobre, relegado en la sociedad por el desprecio de los otros, dotado de un carácter naturalmente adusto, y exasperado además por la injusticia, componía en su retiro la música mas sublime que el hombre inventó jamás. Hablaba en esta lengua divina á los hombres, que no se dignaban escucharle, como la naturaleza les habla por la celestial armonía del viento, del agua, del canto de los pájaros. Beethoven es el verdadero profeta de Dios porque solo él á hablado en su lengua. Y sin embargo su talento era tan desconocido que él ha debido dudar de su genio alguna vez y esta es la tortura mas atroz para un artista. Hayden mismo no encontraba para él otro elogio que decir, que era hóbil para tocar el clave, lo cual vale tanto como decir de Rivera que muele bien los colores ó de Zerrilla que no comete faltas de ortografía ó que hace muy buena letra.

Tenia un amigo; Hummel, pero la pobreza y la injusticia irritaban á Beethoven y le hacian á él mismo injusto alguna vez; estaba reñido con Hummel y no se veian hacia mucho tiempo, para colmo de su desgracia habia llegado á quedar completamente sordo.

Beethoven se habia retirado á Bsdn, en donde vivia triste y aislado con una corta pension que apenas le bastaba á cubrir sus primeras necesidades. Su único placer era internarse en un hermoso bosque inmediato á la ciudad; y allí, solo, entregado á su genio, componer magníficas sinfonías, dejar que su alma se elevase al cielo en armonioso ascenso, hablar á los ángeles una lengua demasiado su-

Milma para los hombres, los cuales no la comprendían. Pero cuando menos lo pensaba, una carta le llamó á su pasar á la tierra donde le aguardaban nuevas penas. Un sobrino que tenía á su cargo la escribía, que complicado en Viena en un negocio desagradable, solo la presencia de su tío podría sacarle de él. Beethoven partió, y para economizar dinero hizo una parte del camino á pie. Una noche se detuvo delante de una vieja casucha y pidió hospitalidad; faltaban todavía muchas leguas para llegar á Viena, y sus fuerzas no le permitían continuar el camino de noche. Se le recibió y admitió á la cena; despues se puso á la lumbre sentado en el sillón del jefe de la familia. Luego que se levantó el mantel, abrió este un viejo clava, y sus tres hijos tomaron cada uno su instrumento que estaban colgados en la pared; la madre y la hija se ocupaban en labores de costura. El padre dió el compás y todos en un momento empezaron á tocar con ese entusiasmo, ese genio innato para la música, que solo los alemanes poseen. Parecía que lo que tocaban les interesaba vivamente, porque se abandonaban á la armonía con toda su alma, las dos mujeres dejaron su obra para escuchar, y en sus semblantes candorosos se advertía una dulce emoción y se comprendía que su corazón estaba comprimido.

Esta era toda la parte que Beethoven podía tomar en lo que pasaba; porque no le era dado oír una sola nota, únicamente la precisión de los movimientos de los ejecutantes y la animación de su fisonomía, que indicaba lo mucho que sentían, le daba á conocer la superioridad de aquellos hombres sobre los músicos italianos, que no son mas que máquinas filarmónicas bien organizadas. Luego que concluyeron se apretaron la mano con efusión como para comunicarse la impresión de la felicidad que habian experimentado, y la jóven se arrojó llorando en los brazos de su madre. Despues pareció que se consultaban todos, y volvieron á cojer sus instrumentos y empezaron de nuevo; esta vez su exaltación llegó al último estremo, sus ojos brillaban arrasados en lágrimas. Amigos míos, dijo Beethoven, soy muy desgraciado en no poder tomar parte en el placer que estáis gozando, pues tambien amo la música; mas ya lo habeis visto, soy tan sordo que no oigo ni un solo sonido. Permittedme leer esa música que os hace sentir tan dulce y viva emoción. Tomó el cuaderno, y sus ojos se oscurecieron, su respiración se detuvo; luego se puso á llorar y dejó caer el papel; porque lo que tocaban aquellos campesinos, lo que tanto les entusiasmaba, era el *allegretto* de la sinfonia de Beethoven. Toda la familia se reunió en torno suyo, manifestándole por señas su admiración y curiosidad. Por algunos instantes, los sollozos entrecortados le impidieron todavía hablar; despues les dijo: yo soy Beethoven.

Entonces ellos se descubrieron y se inclinaron con respetuoso silencio, y Beethoven les tendía las manos, y los rústicos se las estrechaban y besaban, comprendiendo que el hombre que tenían entre ellos era mas que un rey. Luego le miraban para observar sus facciones y buscar en ellas el sello del genio, y hallar alrededor de su frente una gloriosa aureola. Beethoven les abrió los brazos y todos se estrecharon, el padre, la madre, la jóven y los tres hermanos. En seguida se levantó de pronto, se sentó delante del clava, hizo señal á los tres jóvenes para

que tomaran de nuevo sus instrumentos, y tocó el mismo su obra maestra; en aquel momento habia desaparecido de entre ellos la humanidad y eran unas almas que se arrojaban en celestial armonía; jamás se oyó música mas hermosa ni mejor ejecutada. Despues que concluyeron, Beethoven quedó delante del clava, é improvisó cantos de felicidad y de acción de gracias al cielo, como no los habia compuesto en toda su vida. Una parte de la noche se pasó en aire. Estos eran sus últimos acentos. El jefe de la familia le obligó á aceptar su lecho; pero á media noche Beethoven se sintió con fiebre, se levantó, tenía una imperiosa necesidad de respirar alre libre y salió al campo con los pies desnudos. La naturaleza entonces producía tambien una majestuosa armonía; el viento sacudia las ramas de los árboles, ó se colaba silvando por entre los paseos y volvía impetuoso arrasándolo todo al pasar. Beethoven se estuvo fuera largo rato. Cuando volvió á la casa venia yerto. Fueron á Viena á buscar un médico; se le habia declarado una hidropesía de pecho. A pesar de todos los cuidados que se le prodigaron, declaró el médico á los dos dias que Beethoven iba á morir. En efecto, parecia que su vida se extinguía por instantes. Cuando estaba con el esterior entró un hombre en su cuarto, era Hummel, Hummel, su antiguo, su único amigo, que habia sabido la enfermedad de Beethoven y le venia á socorrer con sus cuidados y dinero; pero no era tiempo, Beethoven no hablaba ya, una mirada de reconocimiento fué todo lo que pudo decir á Hummel. Este se inclinó hacia él, y con la trompeta acústica, por medio de la cual podía Beethoven oír algunas palabras pronunciadas en alta voz, le manifestó el dolor que tenia de verle en aquella situación. Beethoven pareció que se reanimaba, sus ojos brillaron, y dijo: ¿no es verdad, Hummel, que yo tenia talento?

Estas fueron sus últimas palabras. sus ojos quedaron fijos, su boca se entreabrió y dejó de ser. Dos dias despues se le enterró en el cementerio de Dublin donde desca sa.

Siguen los teatros presentando un estado deplorable; el Príncipe ha ofrecido una comedia nueva del Sr. Kubi, segunda parte del *El arte de hacer fortuna*, que ha estado muy lejos de obtener el éxito que la primera; la Cruz ha puesto en escena *El Diluvio Universal*, disparate de tal calibre que no sabemos como el público no le ha dado su merecido, pues mostrándose tolerante con una obra semejante, se ha hecho acreedor á la poca consideración con que le tratan las empresas de teatros, ofreciéndole producciones de este género. Que el de la Cruz la haya presentada no nos sorprende, porque es proverbial su simpatía por tales enjendros, pero que el Sr. Zorrilla fuera tan condescendiente que se prestara á que apareciera su nombre en los anuncios de tal funcion y que las decoraciones, la maquinaria y todos los accesorios de la escena, no hayan llevado la más espantosa silva que darse pueda, cosas son que no comprendemos. El Museo ha dado en tierra con una empresa y una compañía mas; decididamente este teatro debe ser derribado hasta los cimientos. Variedades ha vuelto á revivir; pero de qué modo! no queremos juzgar de ligero, solo si diremos que si todas las producciones son asesinadas tan despiadadamente como una que tuvimos la paciencia de escuchar, desde luego puede disponerse para seguir la suerte del Museo. El Circo de Paul no ha ofrecido ninguna novedad. En el Instituto ha sido bien recibida la comedia *Frater y Mosqueteros*, de la cual nos ocuparemos en otro número.